

HISTORIA

SIR JAMES GEORGE FRAZER, *La Rama Dorada, Magia y religión*. (Versión española de Elisabeth y Tadeo I. Campuzano), editado por el Fondo de Cultura Económica; México [1944].

El autor de la importante obra que comentamos era un hombre alto y enjuto, ligeramente adusto y hondamente pensativo, de mirada penetrante hecha a escudriñar hasta el fondo de todos los problemas. Un escocés musculoso, habituado a hablar poco en privado y mucho en público. Bourdelle había modelado su busto cual símbolo de un terrenal adelantamiento de la gloria póstuma. Quizá cuidadoso de su dinero —como todos sus coterráneos—, pero de amplia generosidad con sus ideas que esparció a los cuatro vientos intelectuales de la isla brumosa: Glasgow y Oxford, Cambridge y Liverpool. Hombre de clan, por su origen, supo desde la niñez de la fuerza secreta de los clanes, de sus esotéricos ritos de sangre y misterio, del valor de las leyendas que coloran los lejanos sucesos de la historia con el miraje incomparable de la poesía. El medio rústico y silvestre en que nació y en el cual acaeció su infancia, dejóle para siempre un sedimento poético en el corazón y en la palabra. Conocía sagas numerosas, cuyo creciente rumor se agrandaba en el pasado como en una caja de resonancia. No fué, pues, extraño que quien creía en la importancia de los mitos que pueblan la mente del hombre actual, pusiese su vida al servicio de su estudio en todas las épocas, y que quien amaba las nieblas autóctonas, fuese a buscar, por contraste, en el cielo diáfano de Grecia, los secretos que la madre Tierra devela a los iniciados.

Hizo sus cursos de estudiante en Glasgow y los completó en Cambridge y en Londres, donde se doctoró en Derecho. La parte esencial de toda esta enseñanza, la recibió en Cambridge, de una de cuyas más augustas casas —Trinity College— fué luego miembro, a partir de 1879. Puede decirse que desde entonces, su vida se desarrolló en torno a aquel magnífico Instituto. Por años, su fina silueta se deslizó a través del enorme cuadrángulo del College que decoran las

estatuas de Enrique III y de Isabel y se detuvo ante los artísticos anaqueles de la biblioteca maravillosa. Su mirada, familiarizada, no advertía ya las armas de los Neville y las del arzobispo Whilgift, aunque siempre erraba en dulce apaciguamiento, bajo el fresco verdor de los olmos y castaños, en los *backs* silenciosos hasta los que sólo llega la límpida tersura del agua. Desde sus estatuas de mármol, Macaulay, Newton, Tennyson, Bacon, le mostraron el camino del esfuerzo y de la fama, y Byron le habló de Grecia, desde el fondo de su rincón agreste.

Amigo del orientalista William Robertson Smith, sufrió su influencia y realizó dos viajes a tierras helénicas, para documentarse, publicando en 1898 una edición comentada de Pausanias. Ya entonces hacía ocho años que era famoso. La primera edición de su *Golden Bough* le obtuvo el título de doctor *honoris causa* de su Universidad natal (1895). Los comentarios a Pausanias acrecentaron ese honor con los doctorados de Durham (1898) y de Oxford (1899). Únicamente la Universidad de la que era *fellow*, esperaba hasta 1920 para rendirle el mismo tributo y para consagrarle, al año siguiente, profesor titular. Pero el escocés paciente, dotado de una increíble capacidad de trabajo, no cejaba. Las obras se iban acumulando hasta formar una importante biblioteca de más de 200 títulos, al final de su larga vida laboriosa. *The Golden Bough* ya no sólo era una fuerte rama, sino un árbol vivo, cuyos brazos flexibles enlazaron toda una serie enorme de problemas de la vida primitiva, con miras a esclarecer las raíces olvidadas de muchas instituciones modernas. De 1907 a 1918 —lapso que media entre la primera y la segunda edición de *Folklore in the Old Testament*— publicó, además de dicha obra, *Totemism and exogamy* (1910), *The magic art and the evolution of Kings* (1911), *Taboo and the perils of the soul* (1911), *The dying God* (1911), *Spirits of the Corn and of the Wild* (1912), *The scapegoat* (1913), *Balder and Beautiful* (1913), *Pausanias' Description of Greece* (1913), *Adonis, Attis, Osiris* (3ª ed., 1914), constando algunas de ellas de varios volúmenes. Cada una de estas obras era una materia dotada de propia vida interna, en perpetuo crecimiento interior. Las reediciones marcan el enorme empeño por la depuración y control de los datos acumulados, ello no obstante continúan creciendo y desbordando los límites primeros: la edición comentada de *Pausanias*, de 1898, se convierte en los seis volúmenes de la reedición de 1913; la primera edición de *The Golden Bough* (1890) se transforma en los doce de la nueva impresión terminada en 1915. La autocrítica vivaz es superada por el constante esfuerzo de una erudición libresca, agotadora y omnívora.

Sin incurrir en la exageración de Blaisford, para quien *The Golden Bough* —concebida primero como una serie de obras aisladas y estructurada luego, en *corpus* homogéneo, en su tercera y definitiva edición— sería suficiente para redimir a nuestra época de la acusación de esterilidad, podemos admitir con Max Muller, que basta por

sí sola para hacer célebre a un escritor. Iniciada bajo la forma de una investigación particular sobre la ley de sucesión en el sacerdocio de Diana, en Aricia, esta monografía exhaustiva es, no sólo una vasta antología del regicidio, como lo ha dicho uno de nuestros antropólogos, sino el punto de partida, casi el pretexto, para bucear, hasta en sus fuentes originarias, el génesis de la mayoría de las religiones conocidas. Tarea delicada, que aunque cumplida con el más exquisito de los cuidados para no forzar las premisas y no lastimar las creencias, no pudo menos que molestar a algunos criterios cerradamente ortodoxos. Por ello, no es de extrañar que alguien haya escrito, hace muy poco, que el intento de Frazer no fué otro que el de "alinear a los europeos civilizados junto con toda clase de oscuros, por no decir obscenos, salvajes de los más apartados límites de la tierra". No siempre es fácil, por cierto, elevarse hasta estas cimas excelsas de la incomprensión y habitualmente los reparos no alcanzaron la sinrazón del dichterio.

Sin embargo, la actitud de nuestro autor ha sido siempre la de un perfecto hombre de ciencia y así lo expresa al trazar "lo más agudamente posible, la línea divisoria entre mis verdades y la hipótesis mediante la cual he tratado de vincularlas". Nada menos arrogante, en efecto, que sus afirmaciones. Como lo ha dicho alguna vez, si sus obras le sobreviven, "será, creo, no tanto por las teorías que proponen como por los hechos que registran", confesión ejemplar que podría ofrecerse, como norte, a tantos antropólogos altisonantes. Otra singularidad del talento de este científico es su magnífica prosa inglesa. Siguiendo la huella clásica de Buffon, ha demostrado que no es indispensable ignorar el idioma en que se escribe, para pensar con profundidad, en forma personal. Gustar de la plasticidad, de la riqueza, de los matices de su léxico, no es, para él, síntoma de vacuidad literaria. Sus textos, animados interiormente por la fuerza lírica de un lenguaje alado, pueden ser leídos por un público extenso que gozará de su encanto colorido casi tanto como el especialista al recrearse con su análisis sutil y con lo ingenioso e inesperado de sus deducciones. Sin comprometer nunca el rigor de su método a los halagos de un triunfo literario, el humanista escondido tras el etnólogo, encuentra siempre la expresión, a un mismo tiempo, elegante y justa. Junto con la aparente facilidad del saber ha descubierto esta verdad peregrina: no es indispensable escribir mal para ser sabio.

La posesión de tal verdad se advierte prontamente en el resumen hispánico de *The Golden Bough*, que bajo el exacto título de *La Rama Dorada* hoy nos llega. La erudición y la elegancia del autor se manifiestan, por igual, desde que abrimos las páginas iniciales. Desde la cita latina de Marcial, y la referencia al cuadro del paisajista Turner, con que comienza el capítulo primero, hasta la vuelta al ambiente verde y dorado de los bosques de Nemi —que van decolorándose rápidamente con el llegar de la noche— y la cita francesa de la frase

proclamatoria de la existencia de un nuevo rey en las costas de Francia, todo el libro, a través de sus 846 páginas de nutrido texto, muestra la misma inagotable erudición aliada, o mejor dicho trastundida, en una narración llena de interés y, a ratos, dotada de verdadero encanto literario.

El libro se inicia con el espectáculo del trágico sacerdote-rey de Nemi, guardador implacable de su santuario y de su vida. "Año tras año, en verano o en invierno, con buen o mal tiempo, había de mantener su guardia solitaria y siempre que se rindiera con inquietud al sueño, lo haría con riesgo de su vida. La menor relajación de su vigilancia, el más pequeño abatimiento de sus fuerzas o destreza le ponían en peligro; las primeras canas sellarían su muerte. Su figura ensombrecería el hermoso paisaje a los sencillos y piadosos peregrinos que se dirigían al santuario, como nube de tormenta velando el sol en un día luminoso. El ensueño azul de los cielos italianos, el claroscuro de los bosques veraniegos y el rielar de las aguas al sol, concordarían mal con aquella figura torva, siniestra. Mejor aún nos imaginemos este cuadro como lo podría haber visto un caminante retrasado en una de esas lúgubres noches otoñales en que las hojas caen incesantemente y el viento parece cantar un responso al año que muere. Es una escena sombría con música melancólica: en el fondo la silueta del bosque negro recortada contra un cielo tormentoso, el viento silbando entre las ramas, el crujido de las hojas secas bajo el pie, el azote del agua fría en las orillas, y en primer término, yendo y viniendo, ya en el crepúsculo, ya en la oscuridad, destácase la figura negra, con destellos acerados cuando la pálida luna, asomando entre las nubes, filtra su luz a través del espeso ramaje" (págs. 15-16).

Debemos confesar que si, como a continuación dice Frazer, esta costumbre no tiene parangón en la antigüedad clásica, tampoco la tiene esta vívida reconstrucción literaria en las páginas de la bibliografía etnológica. Tal capacidad descriptiva, tanta fineza en la captación del colorido, en la oposición de los contrastes, en la persecución de lo dramático, una tan viva habilidad en la elección y ordenación de los vocablos —características todas del gran escritor— no son obra de la casualidad. Aparecen reiterativamente en el volumen, una y otra vez, como cuando, a las pocas páginas, nos pinta esta alada miniatura griega: "Tenía Hipólito un santuario famoso en su ancestral patria de Troezena, situado en la bellísima y casi cerrada bahía, donde los bosques de naranjos y limoneros y los altísimos cipreses que se elevan como torres oscuras sobre el jardín de las Hespérides revisten ahora la faja de ribera fértil al pie de las rugosas montañas. A través del agua azul de la tranquila bahía y protegiéndola del mar abierto se alza la isla sagrada de Poseidón cuyas puntas se desdibujan en el verdor sombrío de los pinos" (pág. 21). En este fragmento advertimos el mismo intenso goce panteísta, donosamente combinado con los prestigios de la fábula, de la religión y la leyenda. Y, al lado

de este vuelo lírico en la descripción del paisaje, el crítico vuelve seguidamente, por sus fueros, al darnos, sin renunciar por ello, a los más bellos atavíos formales, el anticipo de las explicaciones que serán la clave de su obra. "Estos amadores sin ventura es probable que no fueran siempre simples mitos y las leyendas que van dejando su rastro sangriento en el capullo purpúreo de la violeta, en los tonos escarlatas de la anémona o en el encendido rubor de la rosa fueron algo más que poéticos emblemas de juventud y belleza fugaces como las flores estivales. Tales fábulas encierran una profunda filosofía sobre la relación de la vida del hombre con la vida de la naturaleza, una filosofía triste que dió origen a una costumbre trágica" (pág. 22). A aclarar cual pueda ser ella dedica buena parte de su obra.

El resto —para llegar, finalmente tras un arduo periplo a la dilucidación, por "prueba de indicios", de los motivos y del sentido de la rara y sanguinaria costumbre determinante del homicidio regio de los sacerdotes-reyes de Aricia— es un largo viaje explicativo de las principales nociones sobre las diversas clases de magia que los primitivos admiten como existente, las vinculaciones de ésta con la religión, la institución de los magos y hechiceros, de los reyes-sacerdotes y de los reyes magos, de la encarnación humana de los dioses, del culto de los árboles y de la existencia, fuerza y persistencia de los *tabú*.

Esta mera enunciación (que nos lleva ya hasta la pág. 220 del nutrido volumen) no es sino palidísimo reflejo del enorme cúmulo de hechos allí anotados para documentar tales instituciones o costumbres. Mucho menos posible sería, sin duda, enumerar los otros tópicos —raíz y esencia de los múltiples problemas que la etnología se plantea— que Frazer trata en su complejo temario: mitos y rituales de Adonis (págs. 391-418), de Attis (págs. 419-429), de Osiris e Isis (págs. 437-465), de Dionisos, Démeter y Perséfone (págs. 466-480); mitos sobre el poder de las mieses, de los cereales y de los alimentos carnívoros, de las matanzas de animales (págs. 481-617) y de la transferencia a objetos inanimados, animales u hombres del mal, lo cual explica la existencia de víctimas expiatorias (págs. 618-703). Los mitos sobre el fuego —cuyo origen ha sido estudiado por el propio Frazer en un estudio especial que en seguida mencionaremos— ocupan las páginas 723-781. Por último el de Balder y sus vinculaciones con el muérdago —es decir, con *La Rama Dorada*—, y el tema del alma externada o internada, completan la nutrida exposición. Y el libro magistral se cierra —como una sinfonía— con el tema del comienzo: el retorno a Nemi, a su bosque lleno de misterio y de reflejos, de rumores y de ensueños, y a su celoso, vigilante y casi enloquecido guardador.

En todo su desarrollo la línea magnífica —que sigue el límite preciso entre la obra literaria y la erudita— ha sido mantenida con un gran talento expositivo; al cual ni siquiera ciertas innecesarias licencias de los traductores (demasiado interesados en mostrar su

propio saber y excesivamente desprejuiciados en el uso de innecesarios neologismos de su invención) ha podido empañar. El gran escritor se muestra por doquier.

Todo ello se prueba, ciertamente, en otras páginas que ya llegaron a sus lectores sudamericanos antes que *La Rama Dorada*: en *Mitos sobre el origen del fuego*. El esplendor y justeza del estilo humanista se nota en el *Prefacio* y la *Introducción*; el mantenimiento de la ingenuidad del relato, en toda la parte recopilatoria y descriptiva; la sagacidad en la junción de los elementos dispares, en los capítulos finales de síntesis. Y téngase en cuenta que tal diversidad de matices en la prosa y de recursos en la expresión, se manifiestan en una obra terminada a los 75 años, es decir, veinte años después de la edad mínima en que un profesor universitario argentino está oficialmente en condiciones de ser declarado incapaz de proseguir su carrera de enseñante . . .

Hugo Manning ha señalado, en estudio reciente, el paralelo posible entre los sondeos de Fraser en los dominios del espíritu y los de Darwin en los de la naturaleza (con sus inevitables derivaciones dialécticas hacia el campo de lo político y de lo social). De igual manera ha demostrado, certeramente, lo que a todo lector de Freud es posible comprobar: cuánto aprovecha este autor, para sus sugerentes excursiones psicoanalíticas en la vida de los pueblos primitivos —en *Totem y Tabú*, por ejemplo— de los hechos y conclusiones anotados por Frazer. Nuevos ejemplos, ambos, de la trascendencia que debe atribuirse a su ingente obra etnológica y a las posibles derivaciones de sus descubrimientos hacia otras zonas del saber. Al estudiar las creencias y los ritos de los pueblos antiguos, vinculándolos con las supervivencias del folklore en los modernos e intentando la aplicación de todo ello al proceso de esclarecimiento de la vida mental de los actuales europeos, Frazer dió a Freud, que buscaba el nexo entre las vidas psíquicas de los "salvajes" y de los neuróticos, un excelente derrotero.

En 1941, a los ochenta y siete años de edad, se ha extinguido esta vida extraordinaria. Además de los doctorados ya mencionados, Sir James George Frazer había merecido honores inusitados: la Universidad de Liverpool creó para él la cátedra de antropología social, a la que renunció; fué miembro de la Academia Británica y de la Royal Society; sus admiradores sostenían un curso de conferencias (the Frazer Lectureship) que se desarrollaba alternativamente en las Universidades de Oxford, Cambridge, Glasgow y Liverpool. Y hasta la Corona recompensó, en 1914, a este vigoroso enaltecedor del pensamiento inglés, concediéndole la mínima categoría nobiliaria de *Knight*, título no hereditario, como no lo es tampoco el talento.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.